

El deseo de una niña

Queridos Reyes Magos:

Sé que aún faltan muchos meses para que llegue la Navidad y los niños os mandemos nuestras cartas, pero he pensado que quizá ahora, con todo el verano por delante, no tengáis tanto trabajo, y que tal vez podría ser un buen momento para pedir os una cosa muy especial.

No es para mí. Bueno, al menos no para mí sola. Se trata del río que pasa por mi pueblo. Os acordaréis de cuál es porque este año le han puesto un puente muy fantástico con la forma de un dragón. A mi padre no le gusta mucho el dragón, porque dice que “no tiene nada que ver con el resto”, pero el otro domingo fuimos a dar un paseo con unos amigos de Asturias que estaban aquí pasando unos días y no podía ocultar su cara de satisfacción, como si el puente fuese nuestro de toda la vida.

La verdad es que estaba todo genial: las murallas del castillo, el bosque de La Retama y el dragón, como centinela de los niños alcalareños. Pero faltaba un detalle. Un importantísimo detalle. El río. El río que le da nombre a nuestro pueblo bajaba con sus aguas negras y malolientes manchando todo el paisaje con una viscosa balsa negra.

Me sorprendió no haberme dado cuenta antes de esto. Nací en Alcalá hace diez años y nunca me había fijado en que nuestro río era una especie de vertedero pestoso. Bueno, sí lo sabía porque algunas veces vamos al parque de Oromana los domingos por la mañana a echar de comer a los patos. Pero nunca me había molestado demasiado, quizá porque no he conocido el río de otra forma, como si esa porquería formara parte de nuestra memoria y a nadie se le ocurriera que lo normal de un río es que sus aguas estén limpias y tenga peces, y ranas... y vida.

Pero la otra tarde, cuando mi amiga asturiana me preguntó que por qué el agua estaba oscura, que en su pueblo la gente se bañaba en el río, bebían las vacas y hasta se hacían competiciones de canoas, no supe qué responderle y me inundó la vergüenza. Una vergüenza que no puedo explicar, pero que sentí mía, aunque yo no tuviese la culpa de aquello. Mi abuelo nos explicó lo de los vertidos de alpechín de las fábricas de aceituna y lo de los pueblos que aún no tienen depuradoras, pero sentí muy poco consuelo. Tal vez porque el río seguía delante nuestra, negro, agonizando, y porque yo no le había prestado la atención que merecía hasta aquel momento.

Sé que una niña de diez años quizá pueda hacer muy poco por salvar un río. Por eso se me ocurrió escribir esta carta, que sé que es también la carta de todos los niños alcalareños. Mi abuela María dice que los sueños no basta con desearlos, hay que ponerse manos a la obra, y poner en ellos lo mejor de nosotros.

La semana pasada hice un trabajo de clase sobre el Guadaíra, porque creo que es importante que todos los jóvenes de Alcalá nos concienciamos de lo importante que sería recuperar nuestro río. Lo siguiente no sé aún qué es, pero ya se me ocurrirán más cosas, porque sé que hay mucha gente como vosotros, que lleva mucho tiempo luchando por el río.

Desde entonces yo también tengo ese sueño: un río limpio donde se pueda chapotear con los remos de las barcas, donde las carpas vivan tranquilas, donde se refleje lo mejor de nuestra ciudad, del que todos los alcalareños podamos sentirnos orgullosos.

Sé que vosotros, que sois magos, nos echaréis una mano, y alumbraréis el corazón de las personas que tienen que tomar estas decisiones.

María del Águila
Cabalgata de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra